

PRESOS POLÍTICOS

Agradecidos pese al tiempo, los presos políticos de la dictadura reciben con más valor simbólico que pecuniario la ayuda del Govern por su paso por los campos de concentración franquistas.

Juan Miguel López

Diffícilmente se puede compensar a quien ha pasado parte de su vida entre rejas y trabajos forzados sólo por albergar en su mente unos ideales. Más complicado es aún gratificar de alguna manera a quien ha sufrido las atrocidades de un campo de concentración sin haber cometido nunca crimen alguno. Y sin embargo, justo es reconocer a quienes por defender valores democráticos o simplemente por haber sido víctima de la represión pasaron parte de su existencia entre maltratos, la privación de la libertad y la muerte de sus amigos.

Después de más de 60 años, los presos políticos de las Islas que sufrieron la represión de la dictadura verán reconocidos simbólicamente sus momentos de sufrimiento con una ayuda económica que el Govern Balear ha concedido a esos héroes anónimos. Una gratificación económica que oscila entre los 1.202 euros (200.000 ptas) por un periodo de encarcelamiento de 6 meses a 3.902 euros (650.000 ptas) por tres o más años, siempre y cuando no hayan recibido algún tipo de compensación económica del Gobierno central.

El número de peticiones de esas ayudas refleja a pesar de los años, lo amplio y lo anónimo de esa represión, que después de más de medio siglo conserva vivos a más de 500 presos políticos. Un número que aún puede incrementarse ya que el plazo de inscripción permanece abierto hasta el uno de febrero.

De entre los muchos que aún recuerdan en sus apacibles casas los horrores de la guerra y del franquismo, Josep Pons Bestard, Gabriel Riera i Sorell y Miquel Oliver i Massutí, son tres ejemplos de una vida marcada por una «guerra despreciable» y una dictadura, al igual que todas, represiva.

Delito de masonería

Sentado entre libros junto a una luminosa ventana de su salón en Portal Nous, Josep Bestard, dedica horas y pasión a su tercer libro. Agente de negocios y gestor tras la guerra, reconoce que a lo largo de la vida le acompañó una suerte que le libró varias veces de la muerte.

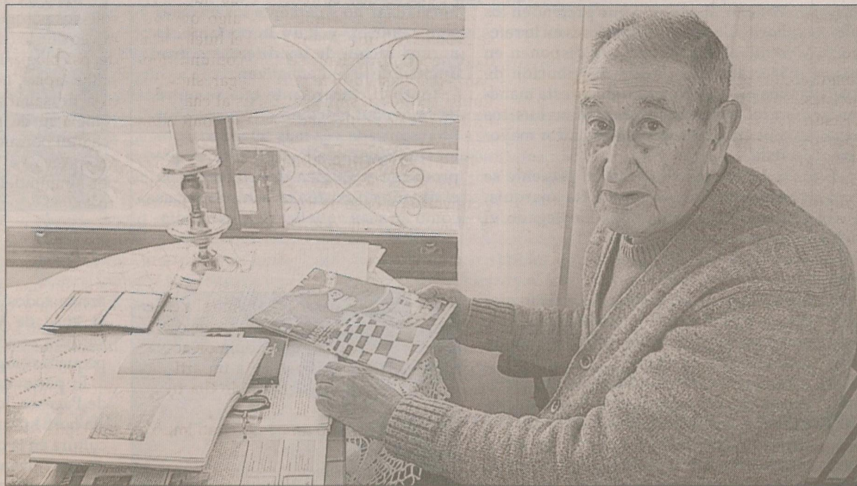
«Me hicieron preso político por el delito de masonería con un certificado de penales que tras la guerra



Miquel Oliver i Massutí, sentado, acompañado por Gabriel Riera i Sorell.

Héroes de la represión

Tras 60 años en el olvido, los presos políticos de la dictadura en las Islas reciben una compensación económica del Govern balear



Josep Pons Bestard, en su casa de Portal Nous. Fotos: SEBASTIÀ AMENGUAL

pude cancelar, pero nunca encontré razón para hacerlo porque, qué delito hay en ser librepensador o intelectual», afirma con firmeza.

Preso en la cárcel de Illetes, cumplió condena además «en los campos de concentración de Alcúdia y Sóller». «Mi único pecado fue ser republicano, federalista y dar una conferencia de ello. Después un traidor, se vendió al cónsul de Italia en Mallorca, que era el responsable de los militares, y ofreció toda la información de los miembros de la logia a cambio de un pasaporte para Gibraltar», relata con una indignación atenuada por los años. Una traición que, sin embargo, no sirvió para acabar con su vida. «Ingresé temporalmente por inutilidad en el hospital militar y de allí logré que me liberaran teniendo que ir cada día a la policía», narra Pons.

Hijo de alcalde

Más dramática si cabe fueron las experiencias de Miquel Oliver i Massutí y Gabriel Riera i Sorell. Ambos encarcelados por ser miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. Compañeros de aventuras, coincidieron en el campo de concentración de Pollença, donde se conocieron. El primero, hijo del entonces alcalde de Felanitx, fue encarcelado

Las ayudas económicas oscilan entre los 1.202 euros por un periodo de encarcelamiento de 6 meses a 3.902 euros por tres o más años

con 18 años. «Me llevaron a los batallones de trabajadores. Construíamos carreteras o arreglabamos las viejas. El trabajo era muy duro, a cambio sólo de un rancho, y no muy bueno», apunta Oliver que esconde entre sus palabras el silencio de mayores crueldades. Un sufrimiento que también alcanzó a sus familiares. «Mi padre estuvo exiliado 20 años, permaneció hasta los años 60 en Filipinas y mi madre estuvo en la cárcel unos 4 años», relata.

Al igual que Oliver, Gabriel Riera estuvo preso en los campos de Pollença, Formentor y otros, hasta que fueron llevados primero a Madrid, y posteriormente a Tetuán, donde pasaron sus peores momentos. «Yo me escapé del campo de concentración en África. Miquel iba a venir con nosotros, pero su estado no se lo permitía, por lo que se quedó fuera de la fuga, por suerte», cuenta Riera. Y es que el intento de fuga fracasó y el preso mallorquín ingresó en la prisión europea de Tetuán.

Oliver Massutí, al poco tiempo fue liberado y volvió a Barcelona, dos años antes que su compañero. «Allí me reincorporé a la vida», señala quien posteriormente llegó a ser director del Instituto Oceanográfico de Mallorca y luego subsecretario de pesca del Ministerio de Agricultura.